

## LECTURAS POSTCOLONIALES

**Ranajit Guha, *Dominance without Hegemony*. Cambridge (M): Harvard University Press, 1997.**

**Partha Chatterjee, *The Nation and Its Fragments*. Princeton: Princeton University, 1993.**

El pesimismo que acompañó a la tan publicitada crisis de los paradigmas que alimentaron el pensamiento y la acción política en el ‘corto’ siglo XX también impactó a la disciplina histórica. Por fortuna dicha actitud va cediendo terreno ante nuevos acercamientos al presente desde lecturas críticas del pasado. Uno de ellos es el ofrecido por el grupo de historiadores de la India congregados en torno a los Estudios Subalternos. También conocidos como poscoloniales, estos historiadores tienen relaciones de atracción y repulsión con los modelos teóricos occidentales -incluida la reciente producción vagamente designada posmoderna-. Lo paradójico es que ellos al mismo tiempo que desechan la universalidad occidental pretenden construir una nueva desde la subalternidad poscolonial. Con el interés de superar una actitud común en nuestro medio académico de adoptar acriticamente una nueva ‘narrativa’, a la que a veces se le contrapone un rechazo por catalogarla de moda, nos proponemos reseñar dos textos emblemáticos de esta nueva lectura del pasado para ponderar sus alcances y limitaciones.

El primer libro es elaborado por la figura más conocida de este grupo de historiadores, Ranajit Guha, y constituye una síntesis de su reinterpretación de las relaciones de poder coloniales y poscoloniales. Inicia criticando la pretensión de los funcionarios ingleses de haber tenido completa hegemonía en la India durante la época de dominio imperial. Pero también los historiadores de ambas partes del planeta son objeto de sus dardos no sólo por reproducir ese mito, cuanto por desconocer el papel de los nativos en aceptarlo o rechazarlo. Guha, por el contrario, piensa que la historia de la presencia británica en la India se resume, como lo indica el título de su libro, en dominación sin hegemonía. Para demostrarlo ofrece un sugestivo modelo, de indudable raigambre gramsciana, que designa como ‘composición orgánica’ de la hegemonía. Para que esta última se presente debe balancear dos elementos que necesariamente coexisten: dominación y subordinación. Cada polo, a su vez, encierra dos dimensiones en tensión: mientras la dominación se apoya en la coerción y en la persuasión, la subordinación se nutre tanto de la colaboración como de la resistencia. Es obvio que esta última funciona como un elemento de equilibrio del modelo: si rebasa a la colaboración anula la subordinación y por tanto, constituye el fin de cualquier hegemonía.

De acuerdo con Guha, durante el colonialismo inglés existió una dominación con predominio de la coerción acompañada de una precaria subordinación, por lo que difícilmente se puede hablar de completa hegemonía. El historiador ilustra esta hipótesis apoyado no tanto en la narración de episodios, sino en la lectura crítica de los lenguajes usados por los diversos grupos sociales. Es una estrategia de interpretación del pasado más acorde con el ‘giro lingüístico’ posmoderno que con las tradiciones disciplinarias propuestas por la escuela rankeana. No obstante, logra explicar con

solvencia, por ejemplo, que no era lo mismo para los indios resistir a la dominación apoyados en los códigos legales ingleses –es decir en términos de derechos individuales consagrados legalmente- que en los dictados morales del Dharma –condensación de prácticas antiguas de reciprocidad entre las castas-. Esta segunda forma de resistencia fue más común entre los subalternos que la primera, a la que acudieron sectores de las élites indias. De aquí Guha deriva no sólo la crítica al colonialismo inglés sino al discurso nacionalista indio que apela a la nación en términos ‘modernos’ occidentales desconociendo, en forma similar a su antecesor, el peso de las comunidades subalternas. Guha desarrolla este tema en la segunda parte del libro reseñado para concentrarse en la tercera en el debate historiográfico sobre el pasado de la India.

La crítica del nacionalismo, sin embargo, había sido formulada por otro historiador indio que bebió de las mismas fuentes de los Estudios Subalternos. Se trata del libro de Partha Chatterjee, “la nación y sus fragmentos”, publicado años antes pero sin la difusión de los textos de su maestro. Chatterjee empieza su texto con la crítica del modelo de Benedict Anderson de nación como ‘comunidad imaginada’. Lo señala como una nueva versión colonial que reduce el nacionalismo a la esfera política cuando, para Chatterjee, la resistencia anticolonial crea un ámbito propio y distinto. Así contrapone el dominio material y de la política, importado desde Europa, a lo interno que correspondería al mundo cultural y espiritual exclusivo del anticolonialismo indio. Por supuesto que hubo élites mediadoras, en las que incluye el grueso de historiadores, que contribuyeron a crear un discurso nacionalista que en el fondo no rompió con los moldes occidentales pues le apostó a una confrontación en el terreno ‘externo’ de la política. Chatterjee llega así a los tres temas que desarrolla a lo largo del libro: 1) la apropiación de la ‘cultura popular’ por un discurso que lo purifica de sus supuestas vulgaridades; 2) la construcción de un pasado ‘respetable’ a los ojos de los colonizadores; y 3) las contradicciones del nuevo dominio nacionalista que, por una parte se apoya en la modernidad occidental para reclamar inclusión, pero por otra la rechaza para postular su particularidad. Como se ve, desde otra región del orbe se replantea el debate crucial contemporáneo: universalidad o particularidad, igualdad o diversidad, inclusión o exclusión.

En los capítulos 4 y 5 Chatterjee se concentra en las limitaciones de la construcción de un pasado desde los valores coloniales. Los cuatro siguientes los dedica a las mujeres, los campesinos y los excluidos en general. En los dos últimos retorna al asunto del nacionalismo para postular no sólo el rescate de la noción de comunidad por encima de la categoría de ‘sociedad civil’, sino para proponer nuevas relaciones de la comunidad con el Estado poscolonial. A su juicio, el concepto hegeliano de sociedad civil ocultó a la comunidad, desprecio que luego el capitalismo universalizó. Por esa vía Chatterjee se acerca, no sin cierta renuencia, a las recientes teorías comunitaristas, pero insistiendo en que la gran alternativa a la universalización occidental es una noción de comunidad que está a la espera de ser teorizada.

Sin pretender agotar la complejidad de los textos creemos haber presentado algunas de las hipótesis básicas que se mueven dentro de estas lecturas poscoloniales. Sin duda hay aquí un empeño renovador de la historiografía y de los entendimientos sobre la construcción de los poderes y del mismo Estado, aunque a éste le prestan menor

atención. El cuestionamiento de los modelos occidentales, hoy lugar común en muchas versiones críticas del pasado, es acompañado por una sugestiva lectura de textos y lenguajes de los grupos subalternos, en especial de los campesinos. Por esa vía se hace una denuncia de los intentos de dominio colonial y nacionalista, que quedan desnudados de sus pretensiones hegemónicas.

Sin embargo, nos quedan algunas dudas que posteriores lecturas y debates deben enriquecer. Los libros reseñados respiran un cierto esencialismo comunitario que postula a los sectores subalternos –los campesinos y en menor medida las mujeres– como los únicos actores de la resistencia a la globalización occidental y a las comunidades como ámbitos de una cultura y espiritualidad incontaminadas. Es una forma velada de afirmar la existencia de nuevos sujetos de la historia que por condiciones casi naturales la deben guiar hacia su verdadero fin, que en algunos casos no es otro que su comienzo: la comunidad. Por ello algunos encuentran que los historiadores poscoloniales, en aras de una crítica radical de la modernidad occidental, retornan a lo tradicional, alimentando posturas políticas conservadoras.<sup>1</sup> Asimismo, la búsqueda de categorías teóricas distintas de las eurocéntricas está plagada de ambigüedades e inconsistencias. En particular es preocupante asimilar la esfera política a algo externo a la vida de las sociedades complejas como la India. Es difícil pensar que la sola comunidad pueda ser el espacio público para negociar conflictos entre distintos intereses, por más normas morales que aún tengan vigencia entre sus miembros.

Por último, es discutible la aplicación cruda de este modelo a regiones del mundo como América Latina que no sólo contaron con formas distintas de colonialismo, lo que generó el nacionalismo incluso antes que en Europa, sino por su particular mestizaje racial y sobre todo cultural que nos hace, en términos de Bolívar, una ‘especie media entre los legítimos dueños de estas tierras y sus usurpadores’. En pocas palabras, la realidad colonial y poscolonial latinoamericana está aún por estudiarse y si bien textos como los reseñados son sugerentes, tienen una pretensión universalizante en la que no nos reconocemos.<sup>2</sup> Tal vez el reto más importante que podemos recoger de Guha, Chatterjee y demás historiadores indios es no tenerle miedo a innovar en la reconstrucción del pasado, siempre y cuando el ejercicio nos sirva para entendernos mejor.

**Mauricio Archila Neira**

*Profesor, Departamento de Historia  
Universidad Nacional de Colombia*

<sup>1</sup> Entrevista a Ajaz Abahad en Santiago Castro y otros, *Pensar (en) los intersticios*. Bogotá: CEJA, 1999, pp. 111-130.

<sup>2</sup> Más optimistas son los académicos latinoamericanistas que, ubicados en universidades nórdicas, emitieron a mediados de los noventa un Manifiesto Inaugural de adhesión a los Estudios Subalternos. La declaración –un tanto extraña en estos tiempos posmodernos–, aparece traducida en Santiago Castro y Eduardo Mendieta (compiladores), *Teorías sin disciplina*. México: Miguel Ángel Porrúa y Universidad de San Francisco, 1998, pp. 85-100.